

tructiu, i el poder que el coneixement li atorga augmenta aquesta destructivitat. La regulació d'aquest poder letal només pot venir de «fora» del coneixement, del món no dels *fets* (i el seu estudi), sinó de les *prescripcions*, és a dir, de l'ètica.

Manuel Sacristán alertava sobre el perill de confondre bondat (o maldat) epistemològica i bondat (o maldat) moral. Si la física no fos un coneixement tan «bo» (en el sentit de coneixement que capta amb tanta eficàcia les lleis que governen la realitat), no tindríem ni la bomba atòmica ni el mal que pot representar des del punt de vista moral.

Ens podem preguntar si l'eficàcia epistemològica de la ciència —la seva elevada capacitat de trobar la veritat dels fets del món— no rau justament en el seu caràcter «reduccionista». Els autors del llibre admeten la pertinència del saber científic. El que rebutja és la seva manca d'obertura cap a plantejaments *holístics*, de síntesi. Defensen una «ciència holística» que, de fet, estan desenvolupant científics reconeguts com ara Fritjof Capra, James Lovelock o Humberto Maturana, entre altres. Potser una de les claus per dissipar les diferències seria reconèixer que la ciència sempre té dues *fases* complementàries, una fase *analítica* i una de *sinètica*. L'estratègia que ha atorgat tant d'èxit a la ciència moderna ha estat, en gran mesura, l'analítica: examinar per separat cada aspecte de la realitat per poder penetrar-hi més a fons. Ara bé, arriba un moment que cal fer una *síntesi* de tots els resultats fragmentaris, la qual permet descobrir

noves realitats *relacionals* o *sistèmiques* no visibles a la mirada purament analítica. El progrés del saber seria una concatenació alternant dels dos moments, l'analític i el sintètic. El que sí que és cert és que fins no fa gaire els científics continuaven interessats més en el moment analític que no pas en el sintètic. Però també és veritat que les tendències a la síntesi esdevenen cada vegada més presents en la recerca. Una plasmació d'aquesta tendència és la proliferació d'estudis pluridisciplinaris, orientats a la col·laboració entre especialistes molt diversos.

Estem, doncs, davant d'un llibre que aborda una temàtica crucial d'un món amenaçat. Les qüestions que hi queden plantejades són qüestions centrals de la nostra època: el paper de la ciència, el divorci entre raó i vida, les visions reduccionistes del progrés i el coneixement —però també de molts més, com ara la noció distorsionada de benestar, la concepció del temps desvinculada dels cicles naturals, els curtcircuits en la comunicació i la comunitat dels éssers humans... No es pot dubtar de la pertinència i oportunitat dels temes que aborda, ni de la passió amb què està escrit. Passió que —en coherència amb la sensibilitat de l'obra— cal considerar com una virtut intel·lectual molt necessària enfront de l'alarmant indiferència amb què tanta gent contempla sense parpellejar —i sense ser capaçs d'interpretar-ne els senyals— la cursa que ens mena a l'abisme.

Joaquim Sempere

HERRERA GÓMEZ, Manuel

Metateoría de las ciencias sociales: El puzzle epistemológico

Madrid: Tecnos, 2005, 202 p.

La filosofía, según una de sus definiciones más clásicas, es considerada como la ciencia de todas las cosas, por sus causas últimas, a la luz de la razón. Por eso, nada

de lo que existe queda fuera de su alcance, aunque haya ciencias especializadas en un aspecto de la realidad. El conocimiento también existe y, como objeto existente,

también cae bajo el paraguas de la filosofía, que no sólo estudia el conocimiento, sino qué es conocer.

El conocimiento en las ciencias sociales, con todo lo que supone, no es un objeto exclusivo del científico social, aunque sea éste el más cualificado para decir cómo debe ser el conocimiento en dicha ciencia. Por tratarse del conocimiento, la filosofía tiene algo que decir, pidiendo licencia para la intromisión en un área que no se le debe suponer ajena a su campo original de estudio, que es el saber.

Por eso, en esta obra, se parte del presupuesto siguiente: las ciencias sociales son una de las muchas formas posibles en las que se expresa el conocimiento humano. Es legítimo trasladar a ella los resultados consolidados de la filosofía del conocimiento, sin sentirse agredido o invadido por la misma.

La manera en que se desarrolla la exposición se aleja en cualquier caso de la pretensión de dar criterios sobre cómo se debe desarrollar el saber, la construcción de conocimientos en las ciencias sociales. El qué estudiar y cómo estudiarlo, son tareas que las ciencias sociales tienen bien conocidas y aprendidas. Se cuenta con suficiente experiencia y con los metodólogos necesarios para ir determinando las líneas de estudio que guían a las ciencias sociales.

Sin embargo, de lo que se trata en estas páginas es del sustrato filosófico que hay detrás de cada saber. La validez de una ciencia procede, no sólo de la validez de los hallazgos o hechos estudiados, sino de la definición primera de los conceptos utilizados y de su validez ontológica. El filósofo de las ciencias sociales debe intervenir corroborando la validez de los términos que se usan para desarrollar una teoría, su congruencia, su coherencia, sus límites. De esta manera, se asegura la construcción con firmes y sólidos cimientos, sin peligro de construir en el aire, sin una base fundamentada.

Y en esta obra aún se concreta más la tarea que le sería propia al filósofo del

conocimiento, que sería ocuparse primordialmente del conocimiento sociológico y/o económico. Al filósofo no le interesan los resultados o las consecuencias de las teorías que construye el científico social, sino el antes, lo que precede a la teoría, lo que está por encima de ella, la metateoría. Las reflexiones del científico social sobre la realidad, para el filósofo son metarreflexiones sobre cómo el sociólogo, por ejemplo, construye esas teorías a partir del uso de conceptos más o menos abstractos. El científico extrae datos de la observación de la realidad que ordena y relaciona en su mente. El filósofo trata de averiguar lo que el anterior entiende por «orden» y «relación».

La importancia del filósofo es enorme, a veces midiéndola con escalas utilitaristas. Pero sin una fundamentación sólida y válida, cualquier teoría es inconsistente aunque aparente acertar con su objeto de estudio, con sus análisis, con sus reflexiones y sugerencias. Si no parte de conceptos correctamente definidos y limitados, el caos o la vaguedad argumentativa están servidos. Gracias a los filósofos se mantiene la solidez argumentativa de las teorías. Sin filósofos, ninguna teoría puede invalidarse, ya que toda discusión o debate acabaría en una confrontación de opiniones, no verdades, imposibles de rebatir.

Un problema de la época en que vivimos es la tendencia a dar más importancia a la opinión que a la verdad, lo que impide el diálogo constructivo y enriquecedor que procede de la defensa y el ataque de conceptos y teorías expuestos por los científicos. Los filósofos siguen teniendo un papel relevante y se convierten, en cierta manera, en garantes de la «buena teoría». De una teoría o reflexión sustantiva, con contenido, con lógica, con sentido.

Para intentar que quede bien clara esta idea, valga la comparación con aquellas instituciones que otorgan certificados de calidad a las empresas que cumplen una

determinada normativa europea. A la institución no le interesa tanto lo que producen, o a qué se dedica tal empresa, sino la calidad del producto y del proceso de fabricación, respetando unas normas determinadas que se consideran beneficiosas para el personal, para el medio ambiente y para el consumidor.

La lucha entre básico y aplicado, también se da en estos niveles de construcción de teorías. Qué es investigación básica y qué es investigación aplicada, depende en parte del nivel en el que se encuentre situado el científico. Para un químico que trabaja en el laboratorio, todo lo relacionado con las ciencias sociales le puede parecer investigación básica, mientras que para un científico social, sus trabajos de campo y la argumentación teórica que le da a sus conclusiones le parecen investigación aplicada. En cambio, para éste último, la labor de un filósofo de las ciencias sociales se englobaría en un conocimiento básico de dudosa utilidad para sus investigaciones o trabajos.

En los primeros capítulos, el autor trata de demostrar la utilidad de la producción de conocimiento básico. Se trata, en definitiva, de exponer cómo un planteamiento filosófico del conocimiento puede habitualmente encontrar una aplicación fructífera en el campo de las ciencias sociales, yendo incluso más lejos, se trataría de demostrar cómo productos intelectuales del hombre pueden y deben tenerse en cuenta en el campo de las ciencias sociales.

En esta materia, se recuerdan las aportaciones tan interesantes de Wittgenstein, que sintéticamente señalaba que «los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo». En esta afirmación se compendia el contenido de la primera parte, haciendo énfasis en la importancia de los conceptos, del vocabulario filosófico que un científico social debe poseer para que su mundo sea lo más amplio posible y pueda tener un conocimiento más completo de la realidad que estudia.

Frente a esta postura, se planteará la opción contraria, defendida por algunos autores como Bacon, que, simplificando, estiman necesaria la situación de *tabula rasa* en la mente de aquel científico que no quiera dejarse llevar por los prejuicios, tan dañinos para el auténtico conocimiento.

Las aportaciones de éstos y otros muy variados autores, se consiguen sintetizar en pocas páginas, pero sin caer en vaguedades o simplismos, incluso alcanzando un aceptable grado de concreción para el tema del que se trata, y consiguiendo llegar de modo asequible al público al que se dirige la obra, que no es otro que el científico social deseoso de ampliar su formación filosófica en un campo que le atañe y le afecta directamente.

A través de los diferentes autores y sus posturas, surgen una serie de interrogantes que el lector deberá ir respondiéndose. Cuestiones relacionadas con la lógica del conocimiento, con la validez de perspectivas como pudiera ser el inductismo, la cuestión de la racionalidad de los hechos, la concepción del prejuicio según las distintas corrientes y las ventajas o los inconvenientes que conlleva en el estudio de la realidad social, etc.

El intento de dar respuesta a todos esos interrogantes vendrá de un acercamiento al conocimiento humano antifundamentalista. El antifundamentalismo busca romper con la idea ilustrada de la omnipotencia de la razón, y viene a defender la capacidad de la misma para advertir los límites de sus propios productos. La razón no lo puede todo, pero puede mucho.

A través de los autores que se explican, el científico social que se inicia en la formación filosófica, conseguirá descubrir, de mano de cada autor, los límites de la razón y las potencias que posee. El científico social guiado por el antifundamentalismo, sabrá sacar lo mejor de cada uno para construir su propio esquema mental, y con cimientos sólidos investigar en cuestiones muy diversas, pero siem-

pre teniendo en cuenta determinados resultados metateóricos sobre la racionalidad humana.

Para la mejor comprensión de las teorías expuestas, se hace uso de ejemplos relacionados con las ciencias naturales, de carácter más positivista. Algunas veces porque son los ejemplos utilizados por los mismos autores, otras por facilitar la comprensión y la escenificación de un hecho, que si fuera ejemplificado con elementos de la realidad social, podría dar lugar a dudas sobre su interpretación o a confundir al lector que, partiendo de una postura más subjetiva, encontrara demasiados sesgos personales en el hecho mostrado.

La segunda parte continúa con los temas más debatidos en el contexto internacional, sobre filosofía y metodología de las ciencias sociales. El individualismo metodológico y el consiguiente problema de las consecuencias no intencionales de acciones intencionales cobrará centralidad en esas páginas. Dicho análisis se seguirá desde la anterior concepción anti-

fundamentalista, intentando mostrar que no se debería hablar de individualismo metodológico, sino de muchas interpretaciones que se tratan de revelar y criticar. La cuestión de las acciones no intencionales de acciones humanas intencionales se abordará desde el punto de vista epistemológico buscando clarificar ideas, para pasar después a una teorización que debería servir de ayuda para los científicos sociales que usan ese argumento en sus trabajos. Al final, el tema de la cualidad y la cantidad saldrá a la luz para entrar en un debate que ha focalizado la atención de los científicos sociales en los últimos años. La dualidad cuantitativo y cualitativo, la complementariedad de ambas perspectivas, las tensiones existentes entre los que defienden una contra otra, también espera ser un tema que ayude a la formación del espíritu crítico en el científico social recién iniciado.

Sonia Pagés Luís

Universidad Nacional de Educación
a Distancia

FENSTERMAKER, S.; WEST, C. (eds.)

Doing Gender, Doing Difference: Inequality, Power and Institutional Change

Nueva York: Routledge, 2002, 244 p.

ISBN 0-415-93179-7

Las últimas décadas se caracterizan por un creciente rechazo del género como una identidad o como un rol adquirido en la infancia y fortalecido en las relaciones familiares. A diferencia de dicha perspectiva de orientación funcionalista, el género debiera ser entendido como un sistema institucionalizado de prácticas sociales, orientado a la clasificación de las personas en dos categorías —hombres y mujeres— y configurado a partir de una organización desigual de las relaciones sociales sustentada en dicha diferenciación (Connell, 1987; Lorber, 1984). En concomitancia con otros sistemas de desi-

gualdad, el sistema de género se (re)produce en tres niveles de la realidad social: a) en el nivel macro —mediante las creencias culturales y la distribución de los recursos—, b) en el nivel de la interacción —mediante los patrones de comportamiento y las prácticas organizativas— y c) en el nivel individual —mediante la configuración de las identidades— (Ridgeway y Correll, 2004).

La obra de Sarah Fenstermaker y Candace West recupera, de manera ejemplar, un conjunto de artículos que han dado génesis a un interesante debate intelectual en los últimos años. A pesar de